

LA CONVERSIÓN DE DINERO EN CAPITAL

Capítulo cuarto

CONVERSIÓN DE DINERO EN CAPITAL

1. *La fórmula general del capital*

La circulación de mercancías es el punto de partida del capital. Producción de mercancías y circulación de mercancías desarrollada, comercio, constituyen los presupuestos históricos con los cuales surge el capital. El comercio mundial y el mercado mundial inauguran en el siglo XVI la moderna historia de la vida del capital.

Si prescindimos del contenido material de la circulación de mercancías, del intercambio de diferentes valores de uso, y consideramos sólo las formas económicas engendradas por ese proceso, hallamos como último producto suyo el dinero. Este producto último de la circulación de las mercancías es la primera forma de manifestación del capital.

Históricamente, el capital surge en todas partes frente a la propiedad de la tierra, por de pronto, en la forma de dinero, como riqueza en dinero, capital mercantil y capital usurario.¹ Pero no hace falta ningún vistazo retrospectivo a la génesis histórica del capital para ver que el dinero es su primera forma de aparición. Pues esa misma historia ocurre diariamente ante nuestros ojos. Todo nuevo capital sigue piensando en primera instancia la escena—esto es, el mercado, de mercancías, de trabajo o de dinero— en forma de dinero, dinero que, por determinados procesos, se convertirá en capital.

El dinero en cuanto dinero y el dinero en cuanto capital no se distinguen por de pronto más que por sus diferentes formas de circulación.

¹ La contraposición entre el poder del terrateniente, que descansa en relaciones personales de servidumbre y señorío, y el impersonal poder del dinero se recoge claramente en las dos sentencias francesas «Nulle terre sans seigneur», «L'argent n'a pas de maître».^{*ss}

^{*ss} «No hay tierra sin señor». «El dinero no tiene amo».

La forma inmediata de la circulación de mercancías es $M—D—M$, conversión de mercancía en dinero y reconversión de dinero en mercancía, vender para comprar. Pero junto a esa forma encontramos otra específicamente distinta, la forma $D—M—D$, conversión de dinero en mercancía y reconversión de mercancía en dinero, comprar para vender. El dinero que describe en su movimiento esta última circulación se convierte en capital, deviene capital, y es ya capital por su determinación.

Examinemos la circulación $D—M—D$ más de cerca. Esta circulación, al igual que la circulación simple de mercancías, recorre dos fases contrapuestas. En la primera fase, $D—M$, la compra, el dinero se convierte en mercancía. En la segunda fase, $M—D$, la mercancía se reconvierte en dinero. Mas la unidad de ambas fases es el movimiento total que cambia dinero por mercancía y la misma mercancía luego por dinero, compra mercancía para venderla, o bien, si se pasa por alto las diferencias formales entre compra y venta, compra con el dinero mercancía, y con la mercancía dinero.² El resultado en el que se apaga todo el proceso es cambio de dinero por dinero, $D—D$. Si compro 2.000 libras de algodón por 100 libras est. y vendo luego las 2.000 libras de algodón por 110 libras est., al final he cambiado 100 libras est. por 110 libras est., dinero por dinero.

Se ve a primera vista, cierto, que el proceso de circulación $D—M—D$ sería tonto y vacío si por medio de su rodeo se quisiera cambiar un valor dinero por el mismo valor dinero, esto es, por ejemplo, 100 libras est. por 100 libras est. Sería incomparablemente más sencillo y seguro el método del atesorador que se aferra a sus 100 libras est. en vez de entregarlas al peligro de la circulación. Por otra parte, igual si el comerciante vuelve a vender por 110 libras est. el algodón comprado por 100 libras est. que si no tiene más remedio que deshacerse de él por las mismas 100 libras est. o incluso por 50 libras est., en todo caso, el dinero del mercader ha descrito un movimiento peculiar y original, de muy otra especie que el que describe en la circulación simple de mercancías, por ejemplo, en manos del campesino que vende trigo y con el dinero así obtenido compra ropa. Se trata, pues, de dar ante todo la característica de las diferencias de forma entre los circuitos $D—M—D$ y $M—D—M$. De ella resultará al mismo tiempo la diferencia de contenido oculta bajo aquellas diferencias de forma. Veamos primero lo que es común a ambas formas.

² «Con dinero se compra mercancías, y con mercancías se compra dinero.» (MERCIER DE LA RIVIERE, *L'ordre naturel et essentiel des sociétés politiques*, pág. 543.)

Los dos circuitos se descomponen en las dos mismas fases contrapuestas, $M—D$, venta, y $D—M$, compra. En cada una de las dos fases están frente a frente los dos mismos elementos materiales, mercancía y dinero, y dos personas con las mismas máscaras de caracterización económicas, un comprador y un vendedor. Cada uno de los dos circuitos es la unidad de las dos mismas fases contrapuestas, y las dos veces está mediada esa unidad por la presencia de tres contratantes, el uno de los cuales sólo vende, el otro compra sólo, mientras que el tercero compra y vende alternativamente.

Pero lo que diferencia desde el primer momento los dos circuitos $M—D—M$ y $D—M—D$ es el orden de sucesión inverso de las dos mismas fases contrapuestas de la circulación. La circulación simple de mercancías empieza con la venta y termina con la compra; la circulación del dinero en cuanto capital empieza con la compra y termina con la venta. En el primer caso el punto de partida y el punto final del movimiento es la mercancía, en el segundo lo es el dinero. En la primera forma el dinero media el decurso total, en la segunda, a la inversa, lo media la mercancía.

En la circulación $M—D—M$ el dinero se convierte al final en mercancía que sirve de valor de uso. El dinero se gasta, pues definitivamente. En la forma inversa, $D—M—D$, en cambio, el comprador gasta dinero para cobrarlo como vendedor. Al comprar la mercancía echa dinero a la circulación para retirarlo luego de ella mediante la venta de la misma mercancía. No suelta el dinero más que con la segunda intención de volver a hacerse con él. Por lo tanto, el dinero es sólo adelantado.³

En la forma $M—D—M$ una misma pieza de dinero cambia dos veces de lugar. El vendedor la recibe del comprador y la paga luego a otro vendedor. El proceso total, que empieza con el cobro de dinero por mercancía, termina con la entrega de dinero por mercancía. Al revés en la forma $D—M—D$. En este caso lo que cambia dos veces de lugar no es la misma pieza de dinero, sino la misma mercancía. El comprador la recibe de manos del vendedor y la entrega a otro comprador. Y así como en la circulación simple de mercancías el doble cambio de lugar de una misma pieza de dinero produce su paso definitivo de una mano a otra, así también en este caso el doble

³ «Cuando se compra una cosa para revenderla de nuevo, la suma aplicada a eso se llama dinero adelantado; cuando se compra para no venderla de nuevo, se puede decir que la suma es dinero gastado.» (JAMES STEUART, *Works*, etc., edited by General Sir James Stewart, his son, Lond. 1805, v. I, pág. 274.)

cambio de lugar de una misma mercancía obra el reflujó del dinero a su primer punto de partida.

El reflujó del dinero a su punto de partida no depende de que la mercancía sea o no vendida más cara de como fue comprada. Esa circunstancia influye sólo en la magnitud de la suma de dinero que refluye. El fenómeno mismo del reflujó ocurre en cuanto que la mercancía comprada se vende de nuevo, o sea, en cuanto que queda completamente descrito el circuito $D—M—D$. Aquí hay, pues, una diferencia materialmente perceptible entre la circulación del dinero como capital y su circulación como simple dinero.

El circuito $M—D—M$ queda totalmente recorrido cuando la venta de una mercancía aporta dinero que se lleva de nuevo la compra de otra mercancía. Si a pesar de ello hay un reflujó del dinero a su punto de partida, tiene que ser por la renovación o la repetición de todo el curso. Si vendo un quarter de trigo por 3 libras est. y luego compro ropas con esas 3 libras est., las 3 libras est. están, por lo que a mí hace, definitivamente gastadas. Ya no tengo nada que ver con ellas. Son del vendedor de ropas. Si vendo ahora otro quarter de trigo, refluirá dinero hacia mí, pero no a consecuencia de la primera transacción, sino sólo a consecuencia de su repetición. El dinero se aleja de nuevo de mí en cuanto que concluyo la segunda transacción y vuelvo a comprar. Así, pues, en la circulación $M—D—M$ el gasto del dinero no tiene nada que ver con su reflujó. En cambio, en $D—M—D$ el reflujó del dinero está el mismo condicionado por el modo de su gasto. Sin ese reflujó la operación fracasa, el proceso queda interrumpido sin terminarse todavía, porque falta su segunda fase, la venta que completa y concluye la compra.

El circuito $M—D—M$ parte del extremo que es una mercancía y concluye con el extremo que es otra mercancía, la cual sale de la circulación y revierte al consumo. Por lo tanto, su finalidad última es el consumo, la satisfacción de necesidades, con una palabra, el valor de uso. El circuito $D—M—D$, por el contrario, parte del extremo que es el dinero y vuelve al final al mismo extremo. Su motivo impulsor y finalidad determinante es, por lo tanto, el valor de cambio mismo.

En la circulación simple de mercancías los dos extremos tienen la misma forma económica. Ambos son mercancías. Y son además mercancías de la misma magnitud de valor. Pero son valores de uso cualitativamente diferentes, por ejemplo, trigo y vestidos. El intercambio de productos, el cambio de las diferentes materias en las que se representa el trabajo social, constituye aquí el contenido del movimiento.

Cosa diferente en la circulación $D—M—D$. A primera vista parece sin contenido, por tautológica. Los dos extremos tienen la misma forma económica. Son ambos dinero, o sea, no son valores de uso cualitativamente distintos, pues el dinero es precisamente la figura transformada de las mercancías en la que se borran los particulares valores de uso de éstas. Cambiar primero 100 libras est. por algodón y luego ese mismo algodón por 100 libras est., o sea, dinero por dinero a través de un rodeo, lo mismo por lo mismo, parece una operación tan desprovista de finalidad como de sentido.⁴ Una suma de dinero no se puede distinguir de otra suma de dinero más que por su magnitud. El proceso $D—M—D$ no debe, pues, su contenido a ninguna diferencia cualitativa entre sus extremos, que son ambos dinero, sino sólo a su diversidad cuantitativa. Al final se sustrae a la circulación más dinero que el que inicialmente se lanzó a ella. El algodón comprado por 100 libras est. se vuelve a vender, por ejemplo, a 100+10 libras est., o sea, a 110 libras est. Por ello la forma perfecta de este proceso es $D—M—D'$, con $D' = D + \Delta D$, o sea, igual a la suma de dinero primero anticipada más un incremento. Llamo plusvalía (surplus value) a este incremento, o exceso respecto del valor inicial. El valor inicialmente adelantado no sólo se mantiene, por lo tanto, en la circulación, sino que altera en ella su magnitud, asimila una plusvalía, se valoriza. Y ese movimiento lo convierte en capital.

⁴ «No se cambia dinero por dinero», exclama Mercier de la Rivière dirigiéndose a los mercantilistas (*loc. cit.*, pág. 486). Se lee en una obra que trata ex profeso del «comercio» y de la «especulación»: «Todo comercio consiste en el intercambio de cosas de especies diferentes; y la ventajosa» (¿para el comerciante?) «brota precisamente de esa diferencia. Cambiar una libra de pan por una libra de pan no produciría ninguna ventajosa... a lo que se debe el favorable contraste del comercio con el juego, el cual es sólo cambio de dinero por dinero.» (Th. CORNER, *An Inquiry into the Causes and Modes of the Wealth of the Individuals; or the Principles of Trade and Speculation explained*, London 1841, pág. 5.) Aunque Corner no nota que $D-D$, cambiar dinero por dinero, es la forma de circulación característica no sólo del capital mercantil, sino de todo capital, al menos reconoce que esa forma es común a un tipo de comercio, la especulación, y al juego; pero luego viene MacCulloch y descubre que comprar para vender es especular, y así se derrumba la diferencia entre especulación y comercio. «Todo negocio en el que una persona compra un producto para volver a venderlo es de hecho una especulación.» (MACCULLOCH, *A Dictionary, practical, etc., of Commerce*, London 1847, pág. 1009.) Incomparablemente más ingenioso es Pinto, el Pindaro de la bolsa de Amsterdam: «El comercio es un juego» (frase tomada de Locke) «y no se puede ganar nada de mendigos. Si al cabo de mucho tiempo se hubiera tomado todo a todos, habría que devolver, en bondadosa concordia, la mayor parte de la ganancia para volver a empezar el juego.» (PINTO, *Traité de la Circulation et du Crédit*, Amsterdam 1771, pág. 231.)

También es posible, ciertamente, que en $M-D-M$ los dos extremos M y M —por ejemplo, trigo y vestidos— sean magnitudes de valor cuantitativamente diferentes. El campesino puede vender su trigo por encima de su valor, o comprar la ropa por debajo del de ésta. También puede ser estafado por el vendedor de ropas. Pero esa diferencia de valores es puramente casual para esta forma de circulación. Ésta no pierde redondamente sentido y sensatez, como lo pierde el proceso $D-M-D$, si los dos extremos—trigo y vestidos, por ejemplo—son equivalentes. Por el contrario, que valgan igual es aquí condición del curso normal.

La repetición o renovación de la venta para comprar tiene su medida y su fin—como el proceso mismo—en una finalidad última que se encuentra fuera de ella, a saber, el consumo, la satisfacción de determinadas necesidades. En la compra para la venta, por el contrario, el comienzo y el final son lo mismo, dinero, valor de cambio, y ya por eso mismo el movimiento no tiene fin. Es verdad que D se ha convertido en $D+\Delta D$, 100 lib. est. en 100+10. Pero, consideradas desde un punto de vista puramente cualitativo, 110 lib. est. son lo mismo que 100 lib. est., a saber, dinero. Y, consideradas cuantitativamente, 110 lib. est. son una suma limitada de valor, igual que 100 lib. est. Si las 110 lib. est. se gastaran ahora como dinero, abandonarían su papel. Dejarían de ser capital. Sustraídas a la circulación, se fosilizan para convertirse en tesoro y no les crece ni un farthing aunque sigan estando almacenadas hasta el día del Juicio Final. Si se trata, pues, de la valorización del valor,⁵⁶ entonces hay la misma necesidad para la valorización de 110 lib. est. que para la de 100 lib. est., pues ambas sumas son expresiones limitadas del valor de cambio, esto es, ambas

⁵⁶ En esta cargada expresión—«valorización del valor»—queda muy de manifiesto que el término de Marx 'valorización' (*Verwertung*) es propiamente un término técnico de su crítica de la economía política. Tanto '*Verwertung*' cuanto su traducción 'valorización' son, ciertamente, términos del alemán o del castellano comunes. En castellano, valorizar es «aumentar la utilidad o el precio de una cosa». En alemán, *verwerten* es, en la acepción más usual, «utilizar» y, en otras también muy frecuentes, «aprovechar, hacer valer». El sentido del término marxiano es muy próximo al de esos usos comunes en alemán o en castellano, pero con un matiz importante: con 'valorizar' Marx dice hacer valer o aumentar en el sentido de conseguir expansión de un valor. Pero si ese sentido está relativamente cerca de usos comunes del lenguaje, en cambio, no se suele encontrar en el vocabulario económico no-marxista. El propio Roy no se atrevió a reproducir sistemáticamente en su traducción francesa la dureza de acusativo interno de «valorizar el valor». Entre los muchos méritos de Wenceslao Roces hay que contar su uso sistemático y fundado, desde su edición de 1934, de esa traducción que recoge un modo de pensar típico de la crítica marxista de la economía política.

tienen la misma vocación: acercarse a la riqueza como tal mediante la expansión de su magnitud. Es verdad que, por un momento, el valor inicialmente anticipado, las 100 lib. est., se distingue de la plusvalía de 10 lib. est. que le crece en la circulación; pero esa diferencia se disipa inmediatamente después. Al final del proceso no sale por un lado el valor originario de 100 lib. est. y por el otro lado la plusvalía de 10 lib. est. Lo que resulta es un valor de 110 lib. est. que se encuentra exactamente en la misma forma, adecuada para empezar el proceso de valorización, que tenían las primeras 100 libras est. Al final del movimiento sale a la luz dinero, igual que a su comienzo.⁵ Por lo tanto, el final de cada circuito particular en que se realiza compra para la venta constituye por sí mismo el principio de un nuevo circuito. La circulación simple de mercancías—la venta para la compra—sirve de medio de un fin último situado fuera de la circulación, el cual es la apropiación de valores de uso, la satisfacción de necesidades. La circulación del dinero en cuanto capital es, por el contrario, fin de sí misma, pues la valorización del valor no existe más que dentro de ese movimiento constantemente renovado. Por eso el movimiento del capital es desmedido.⁶

⁵ «El capital se divide ... en capital inicial y ganancia, aumento del capital ... aunque la misma práctica añade inmediatamente esa ganancia al capital y la pone en movimiento con éste.» (F. ENGELS, *Umriss zu einer Kritik der Nationalökonomie* [Esbozo de una crítica de la economía política], en *Deutsche-Französische Jahrbücher*, eds. por Arnold Ruge y Karl Marx, Paris 1844, pág. 99 [OME 41].)

⁶ Aristóteles contraponen la económica a la crematística. Parte de la económica. En la medida en que es un arte de adquirir, se limita a la adquisición de los bienes necesarios para la vida y útiles para la casa o el estado. «La riqueza verdadera (*ἡ ἀληθινὸς πλοῦτος*) consta de esos bienes; pues la medida de esta especie de posesión que basta para una vida buena no es ilimitada. Pero hay otra clase de arte de adquirir, que se llama generalmente y con razón crematística, para lo cual no parecen existir límites de la riqueza y la posesión. El comercio de mercancías ("*ἡ κερμητικὴ*") significa literalmente tráfico mínimo al por menor, y Aristóteles toma esa forma porque en ella predomina el valor de uso) no pertenece, por su naturaleza, a la crematística, pues en él el intercambio se refiere sólo a lo necesario para ellos mismos (comprador y vendedor).» Por eso, sigue diciendo Aristóteles, la forma originaria del tráfico de mercancías fue el trueque, pero al ampliarse nació inevitablemente el dinero. Al inventarse el dinero, el trueque se tuvo por fuerza que desarrollar hasta ser *κερμητικὴ*, tráfico de mercancías, y éste, en contradicción con su tendencia originaria, se configura como crematística, como arte de hacer dinero. Ahora bien: la crematística se diferencia de la económica por el hecho de que «para ella la circulación es la fuente de la riqueza (*πονητικὴ γρηγορέτω ... διὰ γρηγορέτω πηροβολῆς*). Y parece girar en torno del dinero, pues el dinero es el comienzo y el final de ese tipo de intercambio

El poseedor de dinero es capitalista en cuanto es portador consciente de ese movimiento. Su persona o, por mejor decir, su bolsillo es el punto de partida y el punto de regreso del dinero. El contenido objetivo de esa circulación —la valorización del valor— es su finalidad subjetiva, y el individuo no funciona como capitalista, como capital personificado, dotado de voluntad y conciencia, más que en la medida en que el único motivo impulsor de sus operaciones es la creencia apropiación de la riqueza abstracta. Así, pues, el valor de uso no se debe tratar nunca como finalidad inmediata del capitalista.⁷ Tampoco cada ganancia particular, sino el movimiento incesante del ganar.⁸ Este impulso absoluto al enriquecimiento, esta apasionada caza del valor⁹ es común al capitalista y al atesorador, pero mientras que el atesorador no pasa de ser un capitalista necio, el capitalista es el atesorador racional. El incesante aumento del valor a que aspira el atesorador intentando salvar el dinero de la circulación¹⁰ lo consigue el capitalis-

(τὸ γὰρ νόμισμα στοιχεῖον καὶ πέρας τῆς ἀλλοτρίτης ἐστίν). Por eso la riqueza a que aspira la crematística es ilimitada. Pues, al igual que todo arte para el cual su fin no es medio, sino fin último, es ilimitado en su aspiración, pues siempre intenta acercarse más a él, mientras que las artes que sólo tienen por finalidad medios no son ilimitadas, pues el mismo fin les pone límites, así tampoco esta crematística tiene límites de su fin, sino que su fin es el enriquecimiento absoluto. La económica tiene un límite, no la crematística... La primera aspira a algo diferente del dinero mismo, la otra el aumento de éste... La confusión de ambas formas, que penetran una en otra, hace que algunos consideren como fin último de la económica la conservación y el aumento del dinero hasta lo infinito.» (ARISTÓTELES, *De Rep.*, edit. Bekker, lib. I, c. 8 y 9 passim.)

⁷ «Las mercancías» (aquí en el sentido de valores de uso) «no son el fin último del capitalista que comercia... su fin último es el dinero.» (T. H. CHALMERS, *On Politic. Econ.*, etc., 2nd ed. Glasgow 1832, págs. 165, 166.)

⁸ «Aunque el comerciante no desprecia la ganancia ya conseguida, sin embargo, su mirada se dirige siempre a la ganancia futura.» (A. GRANOVERI, *Lezioni di Economia Civile* (1765, ed. de los economistas italianos por Custodi, Parte Moderna, t. VIII, pág. 139.)

⁹ «La inextinguible pasión de la ganancia, la auri sacra fames»⁵⁷ mueve siempre al capitalista.» (MACCULLOCH, *The Principles of Polit. Econ.*, London 1830, pág. 179.) Esa percepción no impide, naturalmente, al mismo MacCulloch y a sus semejantes, cuando se encuentran en dificultades teóricas —por ejemplo, al tratar la sobreproducción—, convertir al mismo capitalista en un buen ciudadano que sólo se interesa por el valor de uso y llega a tener incluso un hambre canina de botas, sombreros, huevos, estampados y otras especies muy familiares de valor de uso.

¹⁰ «Σὸς ἐπιβίωσις» es una de las expresiones características con que los griegos

⁵⁷ Sagrada hambre de oro.

ta, más listo, entregando ese dinero una y otra vez a la circulación.^{10a} Las formas autónomas, las formas de dinero que toma el valor de las mercancías en la circulación simple, se limitan a mediar el intercambio de mercancías y desaparecen en el resultado final del movimiento. En cambio, en la circulación D—M—D ambos, la mercancía y el dinero, funcionan sólo como modos diferentes de existencia del valor mismo: el dinero es su modo de existencia general, la mercancía su modo de existencia particular, simplemente disfrazada, por así decirlo.¹¹ El valor pasa constantemente de una forma a otra sin perderse en ese movimiento, y se transforma así en un sujeto automático. Si se fijan las particulares formas de manifestación que el valor en valorización toma alternativamente en el circuito de su vida, se obtiene estas explicaciones: el capital es dinero, el capital es mercancía.¹² Pero en realidad el valor se hace aquí sujeto de un proceso en el cual, sometido al cambio constante de las formas de dinero y mercancía, altera su propia magnitud, se desprende, como plusvalía, de sí mismo como valor inicial, se valoriza a sí mismo. Pues el movimiento en el cual echa plusvalía es movimiento propio suyo, y valorización es, por lo tanto, autovvalorización. El valor posee la oculta cualidad de engordar en valor porque es valor. Pare retoños vivos, o, por lo menos, pone huevos de oro.

Como sujeto dominante y abarcante de ese proceso en el que ahora toma la forma dinero y la forma mercancía, ahora las abandona, pero manteniéndose y estirándose en ese cambio, el valor necesita ante todo una forma autónoma mediante la cual se comprueba su identidad consigo mismo. Sólo en el dinero tiene esa forma. El dinero constituye, consiguientemente, el punto de partida y el punto final de todo proceso de valorización. Era 100 lib. est., ahora es 110 lib. est., etc. Pero el dinero mismo no vale aquí sino como una forma del valor, pues tiene dos de ellas. El dinero no se hace capital si no asume la forma mercancía. Aquí, pues, el dinero no se enfrenta polémicamente con la

designan el atesorar. Exactamente igual «to save» significa a la vez salvar y ahorrar.

^{10a} «La infinitud de que carecen las cosas en su duración rectilínea la tienen en su circulación.» (GAMIANI, *Loc. cit.*, pág. 1561.)

¹¹ «Lo que constituye el capital no es la materia, sino el valor de esas materias.» (J. B. SAY, *Traité d'Econ. Polit.*, 3ème éd., Paris 1817, t. II, pág. 429.)

¹² «El medio de circulación (1) utilizado para fines productivos es capital.» (MACLEOD, *The Theory and Practice of Banking*, London 1885, vol. I, cap. 1, pág. 55.) «Capital es igual a mercancías.» (JAMES MILL, *Elements of Pol. Econ.*, Lond. 1821, pág. 74.)

mercancía, como en el atesoramiento. El capitalista sabe que todas las mercancías, por andrajoso que sea su aspecto o por mal que huelan, son, en fe y en verdad, dinero, júdíos íntimamente circuncidados y, encima de eso, medios milagrosos para hacer de dinero más dinero.

Mientras que en la circulación simple el valor de las mercancías toma a lo sumo, frente a su valor de uso, la forma autónoma de dinero, aquí el valor se presenta repentinamente como sustancia en proceso y motora de sí misma, para la cual ni la mercancía ni el dinero son más que meras formas. Y aun más. En vez de representar relaciones entre mercancías, el valor entra ahora, por así decirlo, en una relación privada consigo mismo. Como valor inicial se distingue de sí mismo como plusvalía igual que Dios Padre de sí mismo como Dios Hijo, y ambos son de la misma edad y forman de hecho sólo una persona, pues sólo gracias a la plusvalía de 10 libr. est. llegan a ser capital las 100 libr. est. adelantadas, y en cuanto que han llegado a serlo, en cuanto que el Hijo está engendrado, y por el Hijo el Padre, desaparece su diferencia y vuelven a ser ambos Uno, 110 libr. est.

Así el valor se hace valor en proceso, dinero en proceso y, en esa condición, capital. Procede de la circulación, vuelve a ella, se conserva y se multiplica en ella, vuelve crecido de ella y vuelve a empezar consistentemente ese mismo circuito.¹³ D—D', dinero que cría dinero, money which begets money: ésa es la descripción del capital por boca de sus primeros intérpretes, los mercantilistas.

Comprar para vender, o, dicho más completamente, comprar para vender más caro, D—M—D', parece, ciertamente, forma peculiar sólo de una especie de capital, el capital del comerciante. Pero también el capital industrial es dinero que se transforma en mercancía y que, mediante la venta de la mercancía, se retransforma en más dinero. Los actos que pueden ocurrir entre la compra y la venta fuera de la esfera de la circulación no alteran en nada esta forma de movimiento. Por último, en el capital que devenga interés la circulación D—M—D' se representa resumida en su resultado y sin la mediación, en estilo lapidario, por así decirlo, como D—D', como dinero que es al mismo tiempo más dinero, valor que es mayor que sí mismo.

De hecho, pues, D—M—D' es la forma general del capital tal como aparece de modo inmediato en la esfera de la circulación.

Capítulo IV: Conversión de dinero en capital

2. Contradicciones de la fórmula general

La forma de circulación en la que el dinero resulta ser capital está en contradicción con todas las leyes antes expuestas acerca de la naturaleza de la mercancía, del dinero y de la misma circulación. Lo que la distingue de la circulación simple de mercancías es la inversión de la sucesión de los dos mismos procesos contrapuestos, la venta y la compra. ¿Pero cómo va a invertir por arte de magia esa diferencia puramente formal la naturaleza de estos procesos?

Aun más. La inversión no se da más que para una de las tres personas que negocian entre ellas. Yo en cuanto capitalista compro mercancía de A y se la vendo a B, mientras que si soy simple poseedor de mercancías vendo mercancía a B y luego compro mercancía a A. La diferencia no existe para los participantes A y B. Ellos no aparecen más que como comprador o vendedor de mercancías. Y yo mismo me presento cada vez a ellos como simple poseedor de dinero o poseedor de mercancías, como comprador o vendedor; y, para mayor precisión, en las dos sucesiones me presento a una persona sólo como comprador y a la otra sólo como vendedor, a la una sólo como dinero, y a la otra sólo como mercancía, y a ninguna de las dos como capital o capitalista, ni como representante de nada que sea más que dinero o mercancía o pueda tener otro efecto aparte del de dinero o de la mercancía. Para mí la compra a A y la venta a B constituyen una sucesión. Pero la conexión entre esos dos actos no existe más que para mí. No le importa nada a A mi transacción con B, ni a B mi transacción con A. Si, por ejemplo, yo me propusiera aclararles el particular mérito que tengo por la inversión de la sucesión de operaciones, ellos me probarían que me equivooco en cuanto a la sucesión misma, y que la transacción global no empezó por una compra para terminar por una venta, sino que, a la inversa, empezó con una venta y se concluyó con una compra. Y no satisfechos con eso, A y B declararían que toda la sucesión es superflua y mero birlibirlogue. A venderá la mercancía directamente a B, y B la comprará directamente a A. Con eso toda la transacción se contrae a un acto unilateral de la corriente circulación de mercancías, mera venta desde el punto de vista de A y mera compra desde el de B. Por lo tanto, la inversión de la sucesión no nos ha sacado de la esfera de la circulación simple de mercancías; consistentemente, lo que tenemos que mirar es si esta circulación permite por su naturaleza la valorización de los valores que entran en ella y, por lo tanto, la formación de plusvalía.

¹³ «Capital ... valor que se multiplica a sí mismo permanentemente.» (Sis-MONDI, *Nouveaux Principes d'Écon. Polit.*, t. I. pág. 89.)

Tomemos el proceso de circulación en una forma en la que se presenta como mero intercambio de mercancías. Esto ocurre siempre que los dos poseedores de mercancías se compran mercancías recíprocamente y el día de pago sus respectivas reivindicaciones de dinero resultan compensarse exactamente. El dinero es aquí dinero contable para expresar los valores de las mercancías según sus precios, pero no se presenta corpóreamente frente a las mercancías. Por lo que hace al valor de uso, está claro que los dos sujetos del cambio pueden salir ganando. Ambos enajenan mercancías que les son inútiles como valores de uso y reciben mercancías que necesitan para el uso. Y es posible que esa utilidad no sea la única. A, que vende vino y compra cereales, produce tal vez más vino del que podría producir en el mismo tiempo de trabajo el campesino cerealista B, y éste acaso más trigo del que en el mismo tiempo de trabajo podría producir el viticultor A. Por lo tanto, A obtiene por el mismo valor de cambio más cereal y B más vino que lo que cada uno de ellos podría producir para sí mismo si se viera obligado a ello por no haber intercambio. Por lo tanto, respecto del valor de uso se puede decir que «el intercambio es una transacción en la cual las dos partes ganan».¹⁴ La cosa es diferente por lo que hace al valor de cambio.

«Un hombre que posee mucho vino y no posee nada de cereal negocia con un hombre que posee mucho cereal y nada de vino, y entre ellos intercambian trigo por valor de 50 a cambio de un valor de 50 en vino. Ese intercambio no es ningún aumento de valor de cambio ni para el uno ni para el otro; pues ya antes del intercambio poseía cada uno de ellos un valor igual al que se ha procurado por medio de esta operación.»¹⁵

La situación no se altera por el hecho de que el dinero aparezca como medio de circulación entre las mercancías y los actos de la compra y de la venta se separen materialmente.¹⁶ El valor de las mercancías está representado en sus precios antes de que ellas entren en la circulación, o sea, es presupuesto de ésta, no resultado suyo.¹⁷

Considerada abstractamente la circulación simple de mercancías —o

¹⁴ «L'échange est une transaction admirable dans laquelle les deux contractants gagnent toujours» (1) (DESTUTT DE TRACY, *Traité de la Volonté et de ses effets*, Paris 1826, pág. 68.) Es el mismo libro que apareció con el título de *Traité d'Éc. Pol.*

¹⁵ MERCIER DE LA RIVIÈRE, *loc. cit.*, pág. 544.

¹⁶ «Nada tan indiferente como la cuestión de si uno de esos dos valores es dinero o ambos son mercancías corrientes.» (MERCIER DE LA RIVIÈRE, *loc. cit.*, pág. 543.)

¹⁷ «Las partes contratantes no deciden del valor; el valor está ya fijado antes del acuerdo.» (LE TROSNÉ, *loc. cit.*, pág. 906.)

sea, prescindiendo de circunstancias no dimanantes de sus leyes innatas—, lo único que ocurre en ella, aparte de la sustitución de un valor de uso por otro, es una metamorfosis, un mero cambio de forma de la mercancía. Un mismo valor, esto es, la misma cantidad de trabajo social objetivado, permanece en manos de un mismo poseedor de mercancías, primero en la figura de su mercancía, luego en la del dinero en el que se ha convertido, y por último en la de la mercancía en la que se ha reconvertido ese dinero. Este cambio de forma no implica ninguna alteración de la magnitud de valor. Pero el cambio que atraviesa el valor mismo de la mercancía en ese proceso se limita a un cambio de su forma dinero. Esta forma existe primero como precio de la mercancía ofrecida en venta, luego como suma de dinero que ya estaba expresa en el precio, y finalmente como precio de una mercancía equivalente. Por sí mismo, este cambio de forma no implica en absoluto ninguna alteración de la magnitud de valor, como tampoco la implicaría el cambio de un billete de cinco libras por sovereigns, medios sovereigns y chelines.

Así, pues, en la medida en que la circulación de la mercancía condiciona sólo un cambio de forma de su valor, condiciona también, si el fenómeno se desarrolla en su pureza, intercambio de equivalentes. Por eso la misma economía vulgar, aun comprendiendo muy poco qué es el valor, supone, siempre que a su manera se propone contemplar el fenómeno en su pureza, que la demanda y la oferta coinciden, esto es, que sus efectos se anulan. Así, pues, mientras que respecto del valor de uso ambos agentes del cambio pueden ganar, no pueden ganar los dos en cuanto al valor de cambio. Respecto de éste vale más bien el dicho «donde hay igualdad no hay ganancias».¹⁸ Se puede, ciertamente, vender mercancías a precios que difieren de sus valores, pero esa desviación aparece como una violación de la ley del intercambio de mercancías.¹⁹ Éste es, en su forma pura, un intercambio de equivalentes, y, por lo tanto, no un medio de enriquecerse en valor.²⁰

Por eso los intentos de presentar la circulación de mercancías como

¹⁸ «Dove è equalità non è lucro.» (GALIANI, *Della Moneta*, en Custodi, *Parte Moderna*, t. IV, pág. 244.)

¹⁹ «El intercambio se hace desfavorable para una de las dos partes cuando alguna circunstancia ajena disminuye o eleva el precio; entonces se lesiona la igualdad; pero esa violación es producto de aquellas causas, no del intercambio.» (LE TROSNÉ, *loc. cit.*, pág. 904.)

²⁰ «El intercambio es por su naturaleza un contrato basado en la igualdad, esto es, un contrato que se concierta entre dos valores iguales. No es, pues, ningún medio de enriquecerse, ya que se da tanto cuanto se recibe.» (LE TROSNÉ, *loc. cit.*, págs. 903-904.)

fuente de plusvalía suelen esconder un quidproquo, una confusión de valor de uso con valor de cambio. Así le ocurre, por ejemplo, a Condillac:

«Es falso que en el intercambio de mercancías se cambie valor igual por valor igual. Cada uno de los dos contratantes da siempre un valor menor por un valor mayor... En efecto, si se cambiaran siempre valores iguales, no habría ganancia posible para ninguno de los contratantes. Pero ambos ganan, o tienen que ganar. ¿Por qué? El valor de las cosas consiste exclusivamente en su relación con nuestras necesidades. Lo que para el uno es más, es para el otro menos, y viceversa... No se presupone que ofrecemos en venta cosas imprescindibles para nuestro consumo... Queremos prescindir de una cosa inútil para nosotros con objeto de conseguir otra que nos es necesaria; queremos dar menos por más... Era natural que se pensara que en el intercambio se da un valor por otro igual, puesto que cada una de las cosas intercambiadas valía la misma cantidad de dinero... Pero hay que tener en cuenta otra consideración; hay que preguntarse si los dos cambiamos un exceso por algo necesario.»²¹

Ya se ve que Condillac no sólo confunde el valor de uso con el valor de cambio, sino que, además, atribuye, con verdadera puerilidad, a una sociedad de producción mercantil desarrollada una situación en la cual el productor produce el mismo sus medios de subsistencia y sólo arroja a la circulación el sobrante de su propia necesidad, el excedente.²² Pese a ello, los economistas modernos repiten frecuentemente el argumento de Condillac, sobre todo cuando se trata de presentar la figura desarrollada del intercambio de mercancías —el comercio— como algo que produce plusvalía.

«El comercio», se lee, por ejemplo, «añade valor a los productos, pues unos mismos productos tienen más valor en manos de los consumidores que en manos de los productores, y, por lo tanto, hay que considerarlo estrictamente (strictly) como un acto de producción.»²³

Pero las mercancías no se pagan dos veces, una vez su valor de uso y otra su valor. Y si el valor de uso de la mercancía es más útil

²¹ CONDILLAC, *Le Commerce et le Gouvernement* (1776). Édité. Daire et Mohari en los *Mélanges d'Économie Politique*, Paris 1847, págs. 267, 291.

²² Por eso *Le Trosne* contesta muy acertadamente a su amigo Condillac: «En una sociedad formada no hay nada superfluo.» Al mismo tiempo ironiza sobre Condillac con esta glosa: «si los dos que intercambian reciben un mismo más por un mismo menos, reciben los dos lo mismo». Precisamente porque Condillac no tenía ni la menor noción de la naturaleza del valor de cambio es la autoridad que le conviene al señor prof. Wilhelm Roscher para sus propios conceptos pueriles. Véase su obra *Die Grundlagen der Nationalökonomie*, tercera edición, 1858.

²³ S. P. NEWMAN, *Elements of Polit. Econ.*, Andover and New York 1835, pág. 175.

al comprador que al vendedor, entonces su forma dinero es más útil al vendedor que al comprador. ¿La vendería en otro caso? Y así se podría decir con la misma razón que el comprador realiza estrictamente (strictly) un «acto de producción» al transformar, por ejemplo, en dinero las medias del comerciante.

Si se intercambian mercancías, o mercancías y dinero, del mismo valor de cambio, o sea, equivalentes, entonces es manifiesto que nadie extrae de la circulación más valor del que lanza a ella. Y entonces no hay ninguna formación de plusvalía. Pero en su forma pura el proceso de circulación de las mercancías determina intercambio de equivalentes. En la realidad, sin embargo, las cosas no proceden puramente. Supongamos, pues, intercambio de no-equivalentes.

En cualquier caso, en el mercado se enfrentan sólo poseedores de mercancías con poseedores de mercancías, y el poder que esas personas ejercen unas sobre otras es sólo el poder de sus mercancías. El motivo material del cambio es la diversidad material de las mercancías, que hace a los poseedores de mercancías recíprocamente dependientes porque ninguno de ellos tiene en sus manos el objeto de su propia necesidad, y cada uno de ellos tiene, en cambio, el objeto de la necesidad del otro. Aparte de esa diversidad material de sus valores de uso no hay más que una diferencia entre las mercancías: la diferencia entre su forma natural y su forma transformada, entre mercancía y dinero. Y así los poseedores de mercancías se distinguen sólo en vendedores —poseedores de mercancía— y compradores —poseedores de dinero—.

Supongamos que, por algún privilegio inexplicable, sea dado al vendedor el vender la mercancía por encima de su valor, a 110 si vale 100, o sea, con un aumento nominal de precio del 10 %. El vendedor ingresa, pues, una plusvalía de 10. Pero luego de haber sido vendedor pasa a ser comprador. Ahora un tercer poseedor de mercancías se encuentra con él como vendedor y goza, a su vez, del privilegio de vender la mercancía con un encarecimiento del 10 %. Nuestro hombre ha ganado como vendedor 10, para perder 10 en cuanto comprador.²⁴ El resultado se reduce de hecho a que todos los poseedores de mercancías se venden sus mercancías un 10 % por encima del valor, lo cual es exactamente lo mismo que si se vendieran las mercancías por sus valores. Este aumento nominal general del precio de las mercancías

²⁴ «Los vendedores no se hacen más ricos ... por una subida del valor nominal del producto ... puesto que vuelven a gastar en su cualidad de compradores exactamente lo mismo que ganan como vendedores.» [J. GRAY,] *The Essential Principles of the Wealth of Nations* etc., London 1797, pág. 66.)

tiene el mismo efecto que si los valores de las mercancías pasaran, por ejemplo, de estimarse en oro a estimarse en plata. Los nombres en dinero, esto es, los precios de las mercancías, se hincharían, pero sus relaciones de valor permanecerían inalteradas.

Supongamos, a la inversa, que el comprador tenga el privilegio de comprar mercancías por debajo de su valor. Aquí ni siquiera hace falta recordar que el comprador es a su vez vendedor. Pues fue vendedor antes de ser comprador. Ha perdido ya 10 % como vendedor antes de ganar 10 % como comprador.²⁵ Toda queda igual que antes.

La formación de plusvalía y, consiguientemente, la transformación de dinero en capital no se puede, por lo tanto, explicar por el hecho de que los vendedores vendan las mercancías por encima de su valor ni por el hecho de que los compradores las compren por debajo de su valor.²⁶

El problema no se simplifica en nada metiendo en él de contrabando relaciones exteriores, como hace el coronel Torrens al decir:

«La demanda efectiva consiste en la capacidad y la inclinación (1) de los consumidores a dar por mercancías—a través del intercambio inmediato o de intercambio mediado—cierta porción de todos los ingredientes del capital mayor que la que cuesta la producción de aquéllas.»²⁷

En la circulación productores y consumidores se enfrentan sólo como vendedores y compradores. Afirmar que la plusvalía para el productor procede de que los consumidores pagan la mercancía por encima de su valor significa simplemente enmascarar la sencilla frase siguiente: el poseedor de mercancías tiene como vendedor el privilegio de vender demasiado caro. El vendedor ha producido la mercancía él mismo o representa a su productor; pero también el comprador ha producido él mismo la mercancía representada en su dinero, o representa a su productor. Así, pues, es un productor el que se enfrenta a otro productor. Lo que los distingue es que el uno compra y el otro

²⁵ «Si hay que vender por 18 livres una cantidad de un producto determinado que vale 24 livres, cuando se utilice la misma suma de dinero para comprar se obtendrá por 18 livres de nuevo tanto como por 24 livres.» (LE TROUSNE, *loc. cit.*, pág. 897.)

²⁶ «Por eso corrientemente ningún vendedor puede subir el precio de sus mercancías sin tener que pagar análogamente demasiado caras las mercancías de los demás vendedores; y por la misma causa ningún consumidor puede habitualmente comprar más barato sin tener que rebajar igualmente el precio de las mercancías que vende.» (MERCURIER DE LA RIVIÈRE, *loc. cit.*, pág. 555.)

²⁷ R. TORRENS, *An Essay on the Production of Wealth*, London 1821, pág. 349.

vende. Y no nos hará adelantar ni un paso el hecho de que el poseedor de mercancías, bajo el nombre de productor, venda la mercancía por encima de su valor y, bajo el nombre de consumidor, pague mercancía demasiado cara.²⁸

Los representantes consecuentes de la ilusión de que la plusvalía nace de un sobreprecio nominal, esto es, del privilegio que tendría el vendedor de vender la mercancía demasiado cara, suponen, por lo tanto, una clase que compra sólo, sin vender, y que, consiguientemente, sólo consume, sin producir. La existencia de una clase semejante es todavía inexplicable desde el punto de vista que ocupamos hasta ahora, el punto de vista de la circulación simple. Pero anticipemos algo. El dinero con el que semejante clase compra constantemente le tiene que afuir también constantemente de los poseedores de mercancías, sin intercambio, gratis, sobre la base de algún título de derecho y poder. Vender a esa clase las mercancías por encima de su valor significa entonces sólo sustraerle una parte del dinero que se le ha dado gratis.²⁹ De este modo las ciudades del Asia Menor pagaban un tributo anual en dinero a la antigua Roma. Con ese dinero Roma les compraba mercancías, y las compraba demasiado caras. Los habitantes del Asia Menor estaban a los romanos recuperando, por vía comercial, de los conquistadores una parte del tributo que les habían entregado. Pero a pesar de ello los estafados de verdad eran los habitantes del Asia Menor. Siempre se les pagaba sus mercancías con su propio dinero. Esto no es un método de enriquecimiento, de formación de plusvalía.

Mantengámonos, pues, dentro de los límites del intercambio de mercancías, en el cual el vendedor es comprador y el comprador vendedor. Nuestra perplejidad se debe tal vez a que hemos tomado las personas sólo como categorías personalizadas, y no individualmente.

El poseedor de mercancías A puede ser tan listo que consiga tomar el pelo a sus colegas B o C sin que éstos, pese a su óptima voluntad, logren vengarse. A vende vino por valor de 40 lib. est. a B y adquiere en el cambio cereales por valor de 50 lib. est. A ha transformado

²⁸ «La idea de que los consumidores pagan los beneficios es desde luego completamente absurda. ¿Quiénes son los consumidores?» (G. RAMSAY, *An Essay on the Distribution of Wealth*, Edinburgh 1836, pág. 183.)

²⁹ «¿Y cuándo a alguien le falta demanda, el señor Malthus le aconseja que pague a otra persona para que ésta le compre la mercancía?», pregunta un indignado ricardiano a Malthus, el cual glorifica económicamente, como su discípulo el cura Chalmers, la clase de los meros compradores o consumidores. V. *An Inquiry into those principles, respecting the Nature of Demand and the Necessity of Consumption, lately advocated by Mr. Malthus etc.*, London 1821, pág. 55.

sus 40 libr. est. en 50 libr. est., ha hecho más dinero de menos dinero y ha convertido su mercancía en capital. Míremos más atentamente. Antes del cambio teníamos 40 libr. est. de vino en manos de A y 50 libr. est. de cereal en manos de B, un valor total de 90 libr. est. Luego del cambio tenemos el mismo valor total de 90 libr. est. El valor circulante no ha aumentado ni un átomo; se ha alterado su distribución entre A y B. De un lado aparece como plusvalía lo que en el otro es minusvalía: como más de un lado lo que en el otro es un menos. Este mismo cambio se habría producido si A hubiera robado directamente a B 10 libr. est., sin la forma encubridora del intercambio. Es evidente que la suma de los valores circulantes no puede aumentar por obra de un cambio de su distribución, como tampoco puede un judío aumentar la masa de metales nobles presente en un país vendiendo un farthing de tiempos de la reina Ana por una guinea. La totalidad de la clase de los capitalistas de un país no puede perjudicarse a sí misma.³⁰

Se coja, pues, por donde se coja, el resultado es el mismo. Si se intercambian equivalentes no surge ninguna plusvalía, y si lo que se intercambia son no-equivalentes tampoco surge ninguna plusvalía.³¹ La circulación, el intercambio de mercancías, no produce ningún valor.³²

Con eso se entenderá por qué en nuestro análisis de la forma básica del capital, la forma en que determina la organización económica de la sociedad moderna, quedan, por el momento, sin considerar en absoluto sus figuras más populares y, por así decirlo, antediluvianas, el capital mercantil y el capital usurario.

La forma D—M—D', comprar para vender más caro, aparece

³⁰ Destutt de Tracy, pese a ser Membre de l'Institut —o tal vez gracias a serlo— opinaba lo contrario. Los capitalistas industriales, dice, obtienen sus beneficios «vendiéndolo todo más caro de lo que ha costado producirlo. Y ¿a quién venden? En primer lugar, unos a otros.» (*Loc. cit.*, pág. 239.)

³¹ «El intercambio de dos valores iguales no aumenta ni disminuye la masa de los valores presentes en la sociedad. El intercambio de dos valores designales... no altera tampoco la suma de los valores sociales, porque lo que añade a la riqueza de uno es lo que quita a la riqueza del otro.» (J. B. SAY, *loc. cit.*, t. II, págs. 443, 444.) Say, desprecupándose, naturalmente, de las consecuencias de esa proposición, la toma bastante literalmente de los fisiócratas. El siguiente ejemplo muestra el modo como ha explotado Say las obras de los fisiócratas, ignoradas en su época, para aumentar su propio «valor»: la «celebrísima» proposición de Monsieur Say según la cual «Sólo con productos se puede comprar productos» (*loc. cit.*, t. II, pág. 438) suena así en el original fisiócrata: «Sólo con producciones se puede pagar producciones.» (LE TROISNE, *loc. cit.*, pág. 899.)
³² «El intercambio no transfiere a los productores valor de ninguna clase.» (F. WATLAND, *The Elements of Pol. Econ.*, Boston 1843, pág. 168.)

del modo más puro en el capital mercantil propiamente dicho. Por otra parte, todo el movimiento de ese capital procede dentro de la esfera de la circulación. Y como es imposible explicar por la circulación misma la conversión de dinero en capital, la formación de plusvalía, el capital mercantil resulta imposible si se intercambian equivalentes,³³ y, por lo tanto, no parece deducible más que de un perjuicio doble infligido a los productores de mercancías, compradores y vendedores, por el comerciante que se desliza parasitariamente entre ellos. En este sentido dice Franklin: «La guerra es rapiña, el comercio es estafa.»³⁴ Para explicar la valorización del capital mercantil no por la simple estafa sufrida por los productores de mercancías hace falta una larga serie de eslabones intermedios que aquí, cuando nuestros únicos presupuestos son la circulación de mercancías y sus momentos simples, falta completamente.

Lo que se puede decir del capital mercantil es aun más válido del capital usurario. En el capital mercantil los extremos —el dinero lanzado al mercado y el dinero incrementado sustraído al mercado— están, al menos, mediados por compra y venta, por el movimiento de la circulación. En el capital usurario la forma D—M—D' se abrevia reduciéndose a los extremos sin mediar D—D', dinero que se cambia por más dinero, forma contradictoria de la naturaleza del dinero y, por lo tanto, inexplicable desde el punto de vista del intercambio de mercancías. Por eso dice Aristóteles:

«Como la crematística es dúplice, una perteneciente al comercio, la otra a la económica, la última necesaria y loable, la primera basada en la circulación y condenada con justicia (pues no se basa en la naturaleza, sino en fraude recíproco), por eso es la usura odiada con toda razón, porque en ella el dinero mismo es el origen de la adquisición, en vez de dedicarse a aquello para lo cual se inventó. Pues el dinero se originó para el trueque de bienes, empero el interés hace de dinero más dinero. De ahí tiene su nombre» (*τόνος, interés y cría*). «Pues los hijos son semejantes a los que los engendran. Pero el interés es dinero de dinero, de modo que de todas las ramas de la adquisición ésta es la más contraria a la naturaleza.»³⁵

³³ «El comercio sería imposible bajo el dominio de equivalentes inmutables.» (G. ODYKKE, *A Treatise on polit. Economy*, New York 1851, págs. 66 a 69.) «La diferencia entre valor real y valor de cambio se basa en un hecho, a saber, que el valor de una cosa es diferente del llamado equivalente que se da por ella en el comercio, o sea, que ese equivalente no es ningún equivalente.» (F. ENGELS, *loc. cit.*, págs. 95, 96.)

³⁴ BENJAMIN FRANKLIN, *Works*, vol. II, edit. Sparks en *Positions to be examined concerning National Wealth*, pág. 376.

³⁵ ARISTÓTELES, *loc. cit.*, cap. 10, [pág. 171.]

En el curso de nuestra investigación encontraremos el capital que devenga interés, igual que el capital mercantil, como formas derivadas, y veremos al mismo tiempo por qué aparecen históricamente antes que la forma fundamental moderna del capital.

Resulta, pues, que la plusvalía no puede surgir de la circulación, que, por lo tanto, en su formación tiene que ocurrir, a espaldas de la circulación, algo que en ella misma es invisible.³⁶ Pero ¿puede proceder la plusvalía de algún lugar que no sea la circulación? La circulación es la suma de todas las interrelaciones de los poseedores de mercancías. Fuera de ella el poseedor de mercancías sólo está en relación con su propia mercancía. Por lo que hace al valor de ésta, la relación de su poseedor con ella se reduce al hecho de que la mercancía contiene una cantidad determinada del trabajo de aquél, medida de acuerdo con leyes sociales determinadas. Esa cantidad de trabajo se expresa en la magnitud de valor de su mercancía y, como la magnitud de valor se expresa a su vez en dinero contable, aquella cantidad se presenta en un precio, por ejemplo, 10 libr. est. Pero su trabajo no se presenta en el valor de la mercancía y un excedente respecto del propio valor de ésta, o sea, no se presenta en un precio 10 que al mismo tiempo sea un precio 11, en un valor mayor que sí mismo. El poseedor de mercancías puede constituir valores mediante su trabajo, pero no puede producir valores que se valoricen. Puede aumentar el valor de una mercancía añadiendo al valor dado más valor mediante nuevo trabajo, por ejemplo, haciendo botas con cuero. Un mismo material tiene ahora más valor porque contiene una cantidad mayor de trabajo. Por eso las botas tienen más valor que el cuero, pero el valor del cuero sigue siendo lo que era. No se ha valorizado, no ha engordado en valor durante la fabricación de las botas. Es, pues, imposible que el productor de mercancías valorice dinero y, con ello, convierta dinero o mercancía en capital, fuera de la esfera de la circulación, sin entrar en relación con otros poseedores de mercancías.

Por lo tanto, el capital no puede brotar de la circulación ni tan poco puede no brotar de ella. Tiene que brotar y no brotar al mismo tiempo en ella.

Así se tiene un resultado doble.

La conversión del dinero en capital se tiene que desarrollar sobre

³⁶ «En las condiciones corrientes del mercado, no se obtiene beneficio por el intercambio. Si no existiera ya antes, tampoco podría haberlo después de esta transacción.» (RAMSAV, *loc. cit.*, pág. 184.)

³⁸ En las eds. 3.ª y 4.ª Engels corrigió por «relaciones mercantiles».

la base de leyes immanentes al intercambio de mercancías, de tal modo que el punto de partida sea el intercambio de equivalentes.³⁷ Nuestro poseedor de dinero, existente aún sólo como oruga de capitalista, tiene que comprar las mercancías por su valor, venderlas por su valor y, sin embargo, sacar al final del proceso más valor del que metió en él. Su despliegue en forma de mariposa tiene que ocurrir en la esfera de la circulación y no ocurrir en la esfera de la circulación. Éstos son los datos del problema. Hic Rhodus, hic saltat! ³⁸

3. Compra y venta de la fuerza de trabajo

La alteración de valor del dinero que se ha de convertir en capital no puede ocurrir en ese dinero mismo, pues éste, como medio de compra y como medio de pago, se limita a realizar el precio de la mercancía que compra o paga, y si se mantiene aferrado a su forma propia cris-

³⁷ Luego de las precisiones dadas, el lector entenderá que eso sólo significa que la formación de capital tiene que ser posible también cuando el precio de la mercancía es igual al valor de la mercancía. La formación de capital no se puede explicar por la desviación de los precios de las mercancías respecto de los valores de las mercancías. Si los precios discrepan realmente de los valores, hay que empezar por reducirlos a estos últimos, es decir, hay que prescindir de esa circunstancia, por ser casual, con objeto de tener puramente ante sí el fenómeno de la formación de capital sobre la base del intercambio de mercancías y no dejarse confundir en su observación por circunstancias concomitantes perturbadoras y extrañas al proceso propiamente tal. Es sabido, por lo demás, que esa reducción no es en modo alguno un procedimiento meramente científico. La constante oscilación de los precios de mercado, su elevación y su descenso, se com-
pensan, se anulan recíprocamente y se reducen al precio medio que es su regla interna. Esta regla es el lucero orientador, por ejemplo, del comerciante o del industrial en toda operación que abarque tiempo considerable. El comerciante o industrial sabe, en efecto, que, si se considera un período largo en su conjunto, las mercancías no se venden realmente ni por debajo ni por encima, sino a su precio medio. Si, pues, el pensamiento desinteresado fuera de algún modo objeto de su interés, tendría que plantearse el problema de la formación de capital como sigue: ¿Cómo puede surgir capital con la regulación de los precios por el precio medio, esto es, en última instancia por el valor de la mercancía? Digo que «en última instancia» porque los precios medios no coinciden directamente con las magnitudes de valor de las mercancías, como lo creen A. Smith, Ricardo, etc.

³⁸ Dicho antiguo, procedente de una fábula esópica. Significa: aquí está el obstáculo, véncelo aquí. (Lit.: aquí es Rodos, salta aquí.)

taliza en un petrificado de magnitud de valor inmutable.³⁸ La alteración no puede proceder tampoco del segundo acto de la circulación, la reventa de la mercancía, pues este acto no hace más que retransformar la mercancía de la forma natural a la forma de dinero. Por lo tanto, la alteración tiene que ocurrir con la mercancía comprada en el primer acto D—M, pero no con su valor, pues lo que se intercambia son equivalentes, y la mercancía se paga a su precio. La alteración, pues, no puede proceder más que de su valor de uso como tal, o sea, de su uso. Para extraer valor del uso de una mercancía, nuestro poseedor de dinero habría de tener la suerte de encontrar dentro de la esfera de la circulación, en el mercado, una mercancía cuyo mismo valor de uso poseyera la peculiar naturaleza de ser fuente de valor, una mercancía cuyo uso real, pues, fuera el mismo objetivación de trabajo y, por lo tanto, creación de valor. Y el poseedor de dinero encuentra en el mercado una tal mercancía específica: la capacidad de trabajo, o fuerza de trabajo.

Entendemos por fuerza de trabajo o capacidad de trabajo el contenido de las capacidades físicas e intelectuales que existen en la corporeidad, en la personalidad viva de un ser humano, y que éste pone en movimiento siempre que produce valores de uso de cualquier especie.

Pero para que el poseedor de dinero encuentre en el mercado, como mercancía, la fuerza de trabajo tienen que satisfacerse varias condiciones. El intercambio de mercancías no implica en sí mismo y por sí mismo más relaciones de dependencia que las que brotan de su propia naturaleza. Supuesto eso, la fuerza de trabajo no se puede presentar como mercancía en el mercado sino porque y en la medida en que la ofrece o vende como mercancía su mismo propietario, la persona cuya fuerza de trabajo es. Para venderla como mercancía, su poseedor tiene que poder disponer de ella, o sea, ser libre propietario de su capacidad de trabajo, de su persona.³⁹ Él y el poseedor de dinero se encuentran uno a otro en el mercado y entran en relación en condición de condignos poseedores de mercancías, distinguidos sólo por el hecho de que el uno es comprador y el otro vendedor; jurídica-

³⁸ «En la forma de dinero ... el capital no engendra ningún beneficio.» (RICHARD, *Princ. of Pol. Econ.*, pág. 267.)

³⁹ En las enciclopedias de la Antigüedad clásica es posible leer el absurdo de que en el mundo antiguo el capital estaba completamente desarrollado, «salvo por el hecho de que faltaban el trabajador libre y el sistema de créditos». Hasta el señor Mommsen incurre en su *Römische Geschichte* en un quidproquo tras otro.

mente son, pues, ambos personas iguales. La persistencia de esta relación exige que el propietario de la fuerza de trabajo no la venda nunca más que por un tiempo determinado, pues si la vende toda ella en bloque, de una vez para siempre, se vende en realidad a sí mismo, se transforma de libre en esclavo, de poseedor de mercancía en mercancía. En tanto que persona se tiene que comportar siempre respecto de su fuerza de trabajo como respecto de propiedad suya y, por lo tanto, como respecto de mercancía propia; y sólo puede hacerlo así si no pone su fuerza de trabajo a disposición del comprador, si no se la cede para su uso, más que transitoriamente, por un plazo determinado, de modo que no renuncie a su propiedad por su enajenación.⁴⁰

La segunda condición esencial de que el poseedor de dinero encuentre en el mercado la fuerza de trabajo como mercancía es que el poseedor de ésta, en vez de poder vender mercancías en las que se haya objetivado su trabajo, tenga que ofrecer como mercancía su misma fuerza de trabajo, que sólo existe en su corporeidad viva.

Como es natural, para vender mercancías distintas de su fuerza de trabajo, uno tiene que poseer medios de producción, por ejemplo, materias primas, instrumentos de trabajo, etc. Uno no puede hacer botas sin cuero. Además de eso necesita alimentos. Absolutamente nadie, por futurista que sea, puede alimentarse de productos futuros ni, por lo tanto, de valores de uso cuya producción no haya terminado; y el ser humano, que en esto sigue siendo como el primer día que

⁴⁰ Por eso hay varias legislaciones que imponen un máximo al contrato de trabajo. Todos los códigos de los pueblos en que el trabajo es libre regulan condiciones de rescisión del contrato. En varios países, por ejemplo, en México (antes de la guerra civil norteamericana, también en los territorios arrancados a México y, por lo que hace a la sustancia de las cosas, también en las provincias danubianas hasta la transformación de Kusa), la esclavitud se mantiene disminuida bajo la forma del peonaje. Mediante antídotos que se han de restituir en trabajo y que pasan de generación a generación, no sólo el trabajador individual, sino incluso su familia se convierten de hecho en propiedad de otras personas y de las familias de éstas. Juárez abolió el peonaje. El llamado emperador Maximiliano lo reinstauró por un decreto que fue acertadamente denunciado en la Cámara de Representantes de Washington llamándolo decreto de reinstauración de la esclavitud en México. «De mis particulares habilidades corporales e intelectuales y de mis posibilidades de actividad puedo ... enajenar a otro un uso limitado en el tiempo, porque gracias a esa limitación cobran una relación externa con mi totalidad y generalidad. Con la enajenación de todo mi tiempo concreto por el trabajo y la totalidad de mi producción convertiría en propiedad de otro lo sustancial de ella, mi actividad y realidad general, mi personalidad.» (HEGEL, *Philosophie des Rechts*, [Filosofía del derecho], Berlín 1840, pág. 104, § 67.)

apareció en la terrenal escena, tiene que consumir cada día, antes de producir y mientras produce. Si los productos se producen como mercancías, tienen que venderse una vez producidos y no pueden satisfacer las necesidades de su productor sino después de la venta. Se añade así al tiempo de producción el tiempo necesario para la venta.

Así, pues, el poseedor de dinero, para convertir dinero en capital, tiene que hallar en el mercado de mercancías al trabajador libre, libre en el doble sentido de que, en cuanto persona libre, dispone de su fuerza de trabajo como de mercancía suya, y de que, por otra parte, no tiene otras mercancías que vender, está expedito y exento, libre de todas las cosas necesarias para la realización de su fuerza de trabajo.

La cuestión de por qué ese trabajador libre le sale al encuentro en la esfera de la circulación no interesa al poseedor de dinero que se encuentra con el mercado de trabajo como sección especial del mercado de mercancías. Y por el momento tampoco nos interesa más a nosotros. Nosotros nos atenemos teóricamente al hecho, igual que se atiene a él prácticamente el poseedor de dinero. Pero una cosa está clara: la naturaleza no produce poseedores de dinero o de mercancías por un lado y, por otro, meros poseedores de su propia fuerza de trabajo. Esta situación no pertenece a la historia natural, ni tampoco es una situación social común a todos los períodos históricos. Es ella misma, manifiestamente, resultado de un desarrollo histórico previo, producto de muchas subversiones económicas, del hundimiento de toda una serie de formaciones más antiguas de la producción social.

También las categorías económicas que hemos considerado antes tienen sus huellas históricas. Determinadas condiciones históricas están encubiertas en la existencia del producto como mercancía. Para llegar a ser mercancía es necesario al producto no ser producido como medio de subsistencia inmediato del productor mismo. Si hubiéramos seguido investigando en qué circunstancias toman todos los productos, o toma aunque sólo sea la mayoría de los productos, la forma de mercancía, habría resultado que eso sólo ocurre sobre la base de un modo de producción perfectamente específico, el modo de producción capitalista. Pero un análisis así quedaba lejos del análisis de la mercancía. Puede haber producción de mercancías y circulación de mercancías aunque la masa de productos con mucho predominante se oriente directamente a la satisfacción de las necesidades de sus mismos productores, no se transforme en mercancía y, por lo tanto, el proceso social de producción no esté, ni mucho menos, dominado en toda su anchura y profundidad por el valor de cambio. La presentación del producto como mercancía supone una división del trabajo tan desarrollada en la so-

ciudad que se haya consumado ya la separación entre valor de uso y valor de cambio sólo iniciada en el trueque directo. Mas un estadio de desarrollo de esa naturaleza es común a formaciones económicas de la sociedad muy diversas históricamente.

O bien: si consideramos el dinero, éste presupone una cierta altura del intercambio de mercancías. Las formas especiales del dinero —mero equivalente de las mercancías, o medio de circulación, o medio de pago, o tesoro y dinero mundial— aluden a estadios muy varios del proceso social de producción, según el diferente alcance y el predominio relativo de una u otra función. Pero, como lo enseña la experiencia, basta una circulación de mercancías de desarrollo relativamente débil para constituir todas esas formas. La situación es diferente por lo que hace al capital. Sus condiciones históricas de existencia no quedan dadas, ni mucho menos, con la circulación de mercancías y dinero. El capital surge sólo cuando el poseedor de medios de producción y de vida encuentra en el mercado al trabajador libre como vendedor de su fuerza de trabajo, y ya esta sola condición histórica encierra toda una historia mundial. Por eso el capital anuncia desde el primer momento una época del proceso social de producción.⁴¹

Mas hay que contemplar más de cerca esa curiosa mercancía, la fuerza de trabajo. La fuerza de trabajo posee un valor,⁴² al igual que todas las demás mercancías. ¿Cómo se determina ese valor?

El valor de la fuerza de trabajo se determina, igual que el de cualquier otra mercancía, por el tiempo de trabajo necesario para la producción —o sea, también reproducción— de este específico artículo. En la medida en que es valor, la fuerza de trabajo misma no presenta más que una determinada cantidad de trabajo social medio objetivado en ella. La fuerza de trabajo no existe más que como disposición del individuo vivo. Su producción presupone, pues, la existencia del individuo. Dada la existencia del individuo, la producción de la fuerza de trabajo consiste en la reproducción del individuo mismo, su conservación. El individuo vivo necesita para conservarse una

⁴¹ Así, pues, lo que caracteriza a la época capitalista es que la fuerza de trabajo toma para el trabajador mismo la forma de una mercancía que le pertenece, y su trabajo, por lo tanto, la forma de trabajo asalariado. Por otra parte, sólo a partir de este momento se generaliza la forma mercancía de los productos del trabajo.

⁴² «El valor de un hombre es, como el de todas las demás cosas, igual a su precio, lo que quiere decir: tanto cuanto se paga por el uso de su fuerza.» (T. H. HOBBES, *Leviathan*, en *Works*, edit. Molesworth, London 1839-1844, vol. III, pág. 76.)

cierta suma de alimentos. El tiempo de trabajo necesario para la producción de la fuerza de trabajo se resuelve, pues, en el tiempo de trabajo necesario para la producción de esos alimentos, o sea, el valor de la fuerza de trabajo es el valor de los medios de vida necesarios para la conservación del poseedor de aquella fuerza. Pero la fuerza de trabajo no se realiza sino por su exteriorización, no se actúa más que en el trabajo. Pero a través de su actuación, del trabajo, se gasta una determinada cantidad de músculo, nervio, cerebro, etc., humanos, que tiene que ser repuesta. Ese gasto aumentado ocasiona una absorción aumentada.⁴³ Si el propietario de la fuerza de trabajo ha trabajado hoy, tiene que poder repetir mañana el mismo proceso en las mismas condiciones de fuerza y salud. Por lo tanto, la suma de los medios de vida tiene que bastar para mantener al individuo trabajador, como individuo trabajador, en su estado vital normal. Las necesidades naturales mismas —como la alimentación, el vestido, la calefacción, la vivienda, etc.— son diferentes según las peculiaridades climáticas y otras características naturales de un país. Por otra parte, la extensión de las necesidades llamadas imprescindibles y el modo de su satisfacción son a su vez producto social y dependen, por lo tanto, en gran parte del estado cultural de un país, entre otras cosas y esencialmente también de las condiciones bajo las cuales y, consiguientemente, las costumbres y aspiraciones vitales con las cuales se ha constituido la clase de los trabajadores libres.⁴⁴ Al contrario de lo que ocurre con las demás mercancías, la determinación del valor de la fuerza de trabajo contiene, pues, un elemento histórico y moral. Pero, de todos modos, la amplitud media de los medios de vida necesarios está dada para un país determinado en un período determinado.

El propietario de la fuerza de trabajo es mortal. Por lo tanto, si su aparición en el mercado ha de ser continua, como lo presupone la continua conversión de dinero en capital, entonces el vendedor de la fuerza de trabajo se tiene que eternizar «como se eterniza todo individuo vivo, por procreación».⁴⁵ Las fuerzas de trabajo sustraídas al mercado por el desgaste y la muerte tienen que ser constantemente sustituidas por un número al menos igual de nuevas fuerzas de trabajo.

⁴³ El villicus de la antigua Roma, que en su condición de administrador estaba a la cabeza de los esclavos agrarios, recibía, consiguientemente, «por tener un trabajo más ligero que el de los siervos, menor porción que éstos». (T.H. MOMMSEN, *Röm. Geschichte*, 1856, pág. 810.)

⁴⁴ Cf. *Over-Population and its Remedy*, London 1846, por W. T.H. THORNTON.

⁴⁵ PERRY.

La suma de los medios de vida necesarios para la producción de la fuerza de trabajo incluye, pues, los medios de vida de los hombres sustitutos, esto es, de los hijos de los trabajadores, de tal modo que se eternice en el mercado de mercancías esta raza de peculiares poseedores de mercancías.⁴⁶

Para modificar la naturaleza genéricamente humana de tal modo que consiga habilidad y capacidad en una rama determinada del trabajo, para que se convierta en fuerza de trabajo desarrollada y específica, hace falta una determinada formación o educación, lo cual, por su parte, cuesta una suma mayor o menor de equivalentes mercantiles. Los costes de formación de la fuerza de trabajo son diferentes según el carácter más o menos mediado de la fuerza de trabajo. Estos costes de aprendizaje, diminutos para la fuerza de trabajo corriente, entran, pues, en el ámbito de los valores gastados para la producción de la fuerza de trabajo.

El valor de la fuerza de trabajo se resuelve en el de una suma determinada de medios de vida. Por eso cambia también con el valor de estos medios de vida, esto es, de la magnitud del tiempo de trabajo necesario para su producción.

Una parte de los medios de vida —por ejemplo, alimentos, combustibles, etc.— se consume diariamente, y diariamente tiene que ser repuesta. Otros medios de vida, como las ropas, los muebles, etc., se consumen en tiempos más largos y, por lo tanto, sólo se tienen que sustituir en estos plazos más alejados. Hay tipos de mercancías que se tienen que comprar o pagar diariamente, otras semanalmente, trimestralmente, etc. Pero cualquiera que sea el modo como se distribuya durante un año, por ejemplo, la suma de esos gastos, el hecho es que se tiene que cubrir, un día por otro, con los ingresos medios. Si la masa de las mercancías requeridas diariamente para la producción de la fuerza de trabajo es=A, la de las requeridas semanalmente=B, la de las requeridas trimestralmente=C, etc., entonces el promedio diario de esas mercancías sería = $\frac{365A + 52B + 4C}{365}$. Suponiendo que

esa masa de mercancías necesaria para el día medio contenga 6 horas

⁴⁶ «Su» (del trabajo) «precio natural ... consiste en el conjunto de medios de subsistencia y cosas de comodidad que son necesarios, según el clima y las costumbres de un país, para mantener al trabajador y posibilitarle el alimentar a una familia que pueda asegurar en el mercado una oferta no decreciente de trabajo.» (R. TORRENS, *An Essay on the external Corn Trade*, London 1815, pág. 62.) La palabra trabajo se usa aquí erróneamente, por fuerza de trabajo.

de trabajo social, entonces es que diariamente se objetiva en la fuerza de trabajo medio día de trabajo social medio, o sea, que se requiere media jornada de trabajo para la producción cotidiana de la fuerza de trabajo. Esta cantidad de trabajo requerido para su producción cotidiana constituye el valor diario de la fuerza de trabajo, o sea, el valor de la fuerza de trabajo diariamente reproducida. Si media jornada de trabajo social medio se representa también por una masa de oro de 3 sh. o un tálero, entonces un tálero es el precio correspondiente al valor diario de la fuerza de trabajo. Si el poseedor de la fuerza de trabajo la ofrece por un tálero al día, su precio de venta es igual a su valor y, de acuerdo con nuestro supuesto, el poseedor de dinero, empeñado en convertir sus táleros en capital, paga ese valor.

El límite último o mínimo del valor de la fuerza de trabajo se constituye por el valor de una masa de mercancías sin cuya recepción diaria el portador de la fuerza de trabajo, el ser humano, no puede renovar su proceso vital; o sea, se determina por el valor de los medios de vida físicamente imprescindibles. Si el precio de la fuerza de trabajo baja hasta ese mínimo, es que baja hasta por debajo de su valor, pues la fuerza de trabajo no se puede entonces conservar y desarrollarse más que en forma atrofiada. Pero el precio de toda mercancía se determina por el tiempo de trabajo exigido para suministrarla con calidad normal.

Es un sentimentalismo extraordinariamente barato pensar que esa determinación del valor de la fuerza de trabajo, dimanante de la naturaleza de la cosa, es grosera, y gemir, por ejemplo, con Rossi:

«Entender la potencia de trabajo (puissance de travail) haciendo abstracción de los medios de subsistencia del trabajo durante el proceso de producción es entender un ente de razón (être de raison). El que dice trabajo, el que dice potencia de trabajo, dice al mismo tiempo trabajador y medios de subsistencia, trabajador y salario del trabajo.»⁴⁷

El que dice capacidad de trabajo no dice trabajo, del mismo modo que el que dice capacidad digestiva no dice digestión. Pues para este último proceso hace falta, como es sabido, algo más que un buen estómago. El que dice capacidad de trabajo no hace abstracción de los medios de vida necesarios para la subsistencia de aquélla. El valor de estos bienes se expresa, por el contrario, en el de la capacidad de trabajo. Si ésta no se vende, no le sirve para nada al trabajador, el cual siente, más bien, como una cruel necesidad natural el que su capacidad de trabajo haya exigido una determinada cantidad de medios de

⁴⁷ Rossi, *Cours d'Écon. Polit.*, Bruxelles 1843, págs. 370, 371.

subsistencia para su producción, y constantemente la vuelva a exigir de nuevo para su reproducción. Entonces descubre con Sismondi: «La capacidad de trabajo ... no es nada si no se vende.»⁴⁸

La peculiar naturaleza de esta mercancía específica que es la fuerza de trabajo acarrea el que al concluirse el contrato entre el comprador y el vendedor el valor de uso de ella no pase aún realmente a manos del comprador. Su valor, como el de toda otra mercancía, estaba determinado antes de que entrara en la circulación, pues para la producción de la fuerza de trabajo se había gastado una determinada cantidad de trabajo social; pero su valor de uso consiste en la posterior exteriorización de fuerza. Por lo tanto, la enajenación de la fuerza y su verdadera exteriorización, esto es, su existencia como valor de uso, no coinciden en el tiempo. Ahora bien: en el caso de las mercancías⁴⁹ respecto de las cuales la enajenación formal del valor de uso por la venta y su verdadera entrega al comprador no coinciden en el tiempo, el dinero del comprador suele funcionar como medio de pago. En todos los países de modo de producción capitalista la fuerza de trabajo se paga cuando ya ha funcionado durante el plazo fijado en el contrato de compra, por ejemplo, al final de cada semana. Por eso el trabajador adelanta en todas partes al capitalista el valor de uso de la fuerza de trabajo; la deja consumir al comprador antes de recibir en pago su precio, de modo que en todas partes el trabajador da crédito al capitalista. Y no se trata de ninguna vaciedad, como lo muestran no sólo la ocasional pérdida del salario adelantado en crédito por causa de una bancarrota del capitalista,⁵⁰ sino también toda una serie de efectos más persistentes.⁵¹ En todo caso, no afecta en nada a la naturaleza del inter-

⁴⁸ SISMONDI, *Nouv. Princ.* etc., t. I, pág. 113.

⁴⁹ «Todo trabajo se paga después de terminado.» (*An Inquiry into those Principles, respecting the Nature of Demand*, etc., pág. 104.) «El crédito comercial tuvo que empezar en el momento en que el trabajador, primer creador de la producción, se encontró, sobre la base de sus ahorros, en condiciones de esperar el salario de su trabajo hasta el final de una o dos semanas, un mes, un trimestre, etc.» (CH. GANILH, *Des Systèmes d'Écon. Polit.*, 2ème édit., Paris 1821, t. II, pág. 150.)

⁵⁰ «El trabajador presta su aplicación», pero, añade astutamente Storch, «no arriega nada», salvo el «perder su salario ... el trabajador no transfiere nada material.» (STORCH, *Cours d'Écon. Pol.*, Pétersbourg, 1815, t. II, págs. 36, 37.)

⁵¹ Un ejemplo: en Londres existen dos clases de panaderos, los «full priced», que venden el pan por todo su valor, y los «undersellers», que lo venden por debajo de ese valor. La última clase constituye más de los 3/4 de la totalidad de los panaderos (pág. xxxij del *Report* del comisario del gobierno H. S. Tremheere sobre las *Grievances complained of by the journeymen bakers*, etc. London 1862.). Estos undersellers venden, casi sin excepción, pan falsificado por adju-

cambio mismo de mercancías el que el dinero funcione como medio de compra o como medio de pago. El precio de la fuerza de trabajo está fijado contractualmente pese a que sólo se realiza más tarde, como el alquiler de una casa. La fuerza de trabajo está vendida, aunque sólo se pague después. Pero a pesar de ello es útil, para captar la relación

ción de alumbre, jabón, potasa pura, cal, piedra molida del Derbyshire y otros semejantes ingredientes agradables, nutritivos y sanos. (Véase el libro azul antes citado, así como el informe del *Committee of 1855 on the Adulteration of Bread* y el libro del Dr. Hassall, *Adulterations Detected*, 2nd. edit., London 1861.) Sir John Gordon declaró ante el comité de 1855 que «a consecuencia de esas falsificaciones, el pobre que vive de dos libras de pan al día no recibe ahora ni la cuarta parte de la sustancia nutritiva, dejando de lado los efectos dañinos en su salud.» TREMENEER (*loc. cit.*, pág. xlviii) aduce, como razón de que «una grandísima parte de la clase obrera», pese a estar bien informada de las falsificaciones, carga con el alumbre, la piedra molida, etc., el hecho de que para ellos es «una necesidad tomar del paradero o del chandler's shop*⁶⁰ el pan que éstos quieren darles». Como los obreros no cobran hasta el final de la semana de trabajo, tampoco pueden «pagar hasta el fin de la semana el pan construido por sus familias»; y añade Tremeneer, aduciendo declaraciones de testigos: «es notorio que el pan preparado con esas mezclas se hace a propósito para ese tipo de clientes». («It is notorious that bread composed of those mixtures, is made expressly for sale in this manner.») «En muchos distritos agrarios ingleses» (y aun más en los escoceses) «el salario de los trabajadores se paga quincenalmente y hasta mensualmente. Con esos alejados plazos de pago, el trabajador agrícola tiene que comprar sus mercancías de fiado... Tiene que pagar precios más altos y está de hecho atado a la tienda que le fía. Y así, por ejemplo, en Horningsham, en Wilts, donde el pago del salario es mensual, la misma harina que en otros lugares los trabajadores pagan a 1 sh. 10 d. el stone les cuesta 2 sh. 4 d. el stone.» (*Sixth Report on Public Health by The Medical Officer of the Privy Council*, etc., 1864, pág. 264.) «Los estampadores de algodón a mano de Paisley y Kilmarnock» (Escocia occidental) «impusieron en 1853 mediante un strike*⁶¹ la reducción del plazo de pago de un mes a dos semanas» (*Reports of the Inspectors of Factories for 31st Oct. 1853*, pág. 34.) Otro amable desarrollo del crédito otorgado por el obrero al capitalista puede considerarse el método que practican muchos propietarios ingleses de minas, que consiste en pagar al obrero al final del mes, facilitándole entre pago y pago anticipos, a menudo en mercancías que el obrero tiene que pagar por encima de su precio de mercado (Trucksystem). «Los dueños de las minas de carbón practican corrientemente el pagar una vez al mes y dar a sus obreros, al final de cada semana intermedia, un adelanto. Este adelanto se abona en tiendas» (en el Tommy-shop, o sea, el tenducho al por menor propiedad del dueño mismo de la mina). «Los hombres perciben el adelanto en un lado de la tienda y lo gastan en el otro» (*Children's Employment Commission, III. Report*, London 1864, pág. 38, n. 192.)

*⁶⁰ La tienda de ultramarinos.

*⁶¹ Una huelga.

en su pureza, empezar por suponer que el poseedor de la fuerza de trabajo recibe cada vez en seguida, con su venta, el precio estipulado contractualmente.

Conocemos ya el modo como se determina el valor que el poseedor de esta peculiar mercancía que es la fuerza de trabajo recibe en pago del poseedor del dinero. El valor de uso que este último recibe, por su parte, en el intercambio no se manifiesta sino en el uso real, en el proceso de consumo de la fuerza de trabajo. El poseedor de dinero compra en el mercado de mercancías todas las cosas necesarias para ese proceso, como materia prima, etc., y las paga por todo su precio. El proceso de consumo de la fuerza de trabajo es al mismo tiempo proceso de producción de mercancía y de plusvalía. El consumo de la fuerza de trabajo, como el consumo de cualquier otra mercancía, se realiza fuera del mercado, de la esfera de la circulación. Consiguientemente, vamos a abandonar, junto con el poseedor de dinero y el poseedor de fuerza de trabajo, esa esfera ruidosa, instalada en la superficie y accesible a todas las miradas, para seguir a ambos hasta el oculto lugar de la producción en cuyo umbral se puede leer: No admittance except on business.*⁶² Aquí se verá no sólo cómo produce el capital, sino también cómo se produce el capital mismo. El misterio de la plusmanipulación se tiene que desvelar de una vez.

La esfera de la circulación o del intercambio de mercancías, dentro de cuyos límites se mueve la compraventa de la fuerza de trabajo, era en realidad un verdadero Edén de los derechos innatos del hombre. Lo único que impera allí es libertad, igualdad, propiedad y Bentham. ¡Libertad! Pues el comprador y el vendedor de una mercancía, por ejemplo, la fuerza de trabajo, no están determinados más que por su libre voluntad. Contratan como personas libres, jurídicamente iguales. El contrato es el resultado final en el que sus voluntades se dan una expresión jurídica común. ¡Igualdad! Pues sólo se relacionan entre ellos como propietarios de mercancías, e intercambian equivalente por equivalente. ¡Propiedad! Pues cada cual dispone estrictamente de lo suyo. ¡Bentham! Pues cada uno de los dos se interesa exclusivamente por sí mismo. La única fuerza que los une y los pone en relación es la de su egotismo, su ventajía particular, sus intereses privados. Y precisamente porque cada cual barre exclusivamente para sí, y ninguno para el otro, todos ellos realizan, a consecuencia de una armonía preestablecida de las cosas o bajo los auspicios de una providencia astutísi-

*⁶² Prohibida la entrada, excepto por negocios.

ma, la obra pura de su ventaja recíproca, de la utilidad común, del interés común.

Al alejarse de esta esfera de la circulación simple o intercambio de mercancías de la que el librecambista vulgaris toma concepciones, conceptos y modelo para su juicio sobre la sociedad del capital y del trabajo asalariado, se transforma ya algo, según parece, la fisonomía de nuestras dramatis personæ. El antiguo poseedor de dinero avanza ahora en cabeza como capitalista, el poseedor de fuerza de trabajo le sigue como trabajador suyo; el uno sonriendo significativamente y lleno de diligencia; el otro atemorizado, de mala gana, como uno que ha llevado al mercado su propio pellejo y ahora ya no puede esperar sino ... que le curtan.

LA PRODUCCIÓN DE LA PLUSVALÍA ABSOLUTA

Capítulo quinto

PROCESO DE TRABAJO Y PROCESO DE VALORIZACIÓN

1. *Proceso de trabajo*

El uso de la fuerza de trabajo es el trabajo mismo. El comprador de la fuerza de trabajo la consume haciendo trabajar al que se la ha vendido. Con eso éste se convierte actu^{*68} en fuerza de trabajo en acción, en trabajador, cosa que antes era sólo potencia. Para presentar su trabajo en mercancías tiene que presentarlo ante todo en valores de uso, en cosas que sirvan para satisfacer necesidades de algún tipo. Así, pues, lo que el capitalista hace ejecutar al obrero es un determinado valor de uso, un artículo determinado. No se altera la naturaleza general de la producción de valores de uso, de bienes, por el hecho de que ocurra para el capitalista o bajo su control. Por eso el proceso de trabajo se tiene que contemplar, por de pronto, con independencia de cualquier forma social determinada.

El trabajo es, por de pronto, un proceso entre ser humano y naturaleza, un proceso en el cual el ser humano media, regula y controla mediante su propia actividad su metabolismo con la naturaleza. El ser humano se enfrenta con la materia natural como fuerza natural él mismo. Pone en movimiento las fuerzas naturales pertenecientes a su corporeidad —brazos y piernas, cabeza y mano—, con objeto de apropiarse la materia natural en una forma utilizable para su propia vida. Mediante ese movimiento obra en la naturaleza externa a él y la altera, y así altera al mismo tiempo su propia naturaleza. Desarrolla las potencias que dormían en ella y somete a su propio dominio el funcionamiento de sus fuerzas. No nos interesan aquí las primeras formas de trabajo, animallescamente instintivas. El estadio en el cual el trabajo humano no ha depuesto todavía su primera forma instintiva queda en la lejanía de un fondo primigenio respecto del estadio en el cual el

^{*68} actu: en acto, en realidad y ejercicio; potentia: en potencia, como posibilidad.